

autoridad y que ademas tenia que sostener una guerra peligrosa contra los persas.

Mas dividida entre si la familia imperial, si el Estado se resintió de los funestos efectos de la discordia, la Religion tuvo mayores motivos para llorar. Constantino jamás habia estado satisfecho con su parte ó herencia, que ademas de la gran Bretaña, la España y las Galias, comprendia tambien la Rhecía, esto es, las provincias del norte de Italia, con algunas plazas sobre el mar Adriático. El Africa era principalmente lo que escitaba su codicia. Creyóse en estado de quitársela á Constante, que no tenia tan buenas tropas como las de la Galia, y con el pretexto de dar socorro á Constanzo contra los persas, reunió un poderoso ejército, y acometió de repente á la Italia; pero le perdió su confianza. Caminaba sin orden y sin precaucion, mas como si anduviera por provincias conquistadas, que por Estados enemigos y sin conquistar. Lo que pudo hacer Constante en un ataque tan brusco é imprevisto, fué situar algunas tropas en los desfiladeros de las montañas; y Constantino, que iba delante de su ejército con algunas tropas escogidas, cayó en estas emboscadas. En vano hizo portentos de valor, porque perecieron todos, asi el príncipe como los soldados. Constantino pues murió á los veinte y seis años de edad y á los tres de la muerte de su padre, á saber, el año 340.

Esta pérdida fué sensible para la Iglesia; mas, sin embargo, no por eso sufrió mucho mientras vivió Constante. Partió este para el ejército de su hermano, así que supo su derrota: hizo que las tropas del vencido le prestasen juramento, y se apoderó de todo el Occidente sin encontrar la menor resistencia. Constanzo, que estaba muy ocupado en sus desavenencias con los persas, y por otra parte era poco inclinado á las armas, y mucho mas á propósito para hacer guerra al clero que á las legiones,

se contentó á la fuerza con su primera suerte y por un esfuerzo, que quizás le fué mas costoso, contemporizó con los católicos, á quienes protegía Constante con un celo igual al del jóven y desgraciado Constantino. Con todo, para que no penetrasen sus designios sus súbditos arrianos, que ya le asediaban sin parar y le instaban vivamente para que procediese contra San Atanasio, contestó que no quería decidir por sí en un asunto que ponía en agitacion á todo el mundo cristiano, y en que el Occidente estaba interesado no menos que el Oriente; y que, en fin, convenia que el Pontífice de Roma conociese y obrase con su autoridad sobre este particular (1).

Esta contestacion no satisfacía á los sectarios; pero por necesidad se mostraron contentos, y aprobaron una proposición que bien conocian no les era muy ventajosa. Acababan de perder los hereges uno de sus mayores apoyos en Eusebio de Cesarea, que murió despues de publicar la vida, ó por mejor decir el panegirico del gran Constantino. Todos los partidos indistintamente hacian justicia á las prendas de este prelado, á su sabiduria, á su elocuencia, y á algunas virtudes que engañaron á muchos escritores católicos; mas su memoria, segun la estimacion general, solo es recomendable por su talento. A pesar de su disimulo, en muchos lugares de sus escritos se conoce sobradamente su inclinacion á la doctrina y á la persona de Arrio. Respecto á los hechos brillantes de la Religion, harto conocidos para que fueran alterados, los presenta en su historia con una sencillez, que es suficiente por sí sola para convencer al lector. Pero por lo que toca á su conducta con los arrianos se mostró, á lo menos por mucho tiempo, cobarde y tímido, queriendo agradar á los grandes y á sus seductores. No

(1) Socrat. hist. lib. 11, cap. 2.

LIBRO OCTAVO.

Desde la muerte de Constantino el grande en el año 337, hasta la de Constanzo en el año 361.

Lloraban amargamente los fieles la muerte del gran Constantino; pero aun no sabian todos los poderosos motivos que tenian para llorarla. Constanzo, ó Constancio, hijo bien diferente de padre tan religioso, á quien sucedió desde luego en Oriente, debia entender con el tiempo su dominio á todo el imperio, y hacer los mayores esfuerzos para que con él triunfase la heregia arriana, casi tan impia y mas cruel ó mas pérfida que el paganismo. Pero antes se dignó el Señor consolar á su Iglesia por medio de dos hijos dignos del primer emperador que fué sólidamente cristiano.

El mayor de estos tres hermanos, llamado Constantino como su padre, y que reinaba en la parte mas occidental del imperio, nada procuró con mayor celo que restituir á San Atanasio á su iglesia, y á este fin escribió de su propio puño cartas muy honoríficas á los católicos de Alejandria. El grande Constantino, les dice en una de ellas, pensaba restituir por sí mismo á Atanasio á su iglesia, si la muerte no se lo hubiera impedido. El objeto que se propuso enviándole á mis dominios no fué otro que el de libertarle del encono de sus enemigos, ó por mejor decir, de aquellas fieras prontas para devorarle. Yo le he tratado de manera que manifieste á todo

el mundo en cuánta estimacion le tengo y el aprecio que se merece la venerable persona de un hombre tan santo. La Divina Providencia os le conserve, y termine ya para siempre vuestra afliccion, afliccion que yo mismo he experimentado (1). Atanasio, garantido por un testimonio tan glorioso, atravesó con toda seguridad la vasta estension de los dominios de Constanzo, y fué restablecido en su silla, aclamándole generalmente el pueblo y el clero. Consumianse de despecho los arrianos, y aunque no osaban darlo á entender, volvieron á sus ocultas maquinaciones con el nuevo soberano, y con un resultado tanto mas feliz cuanto Constanzo les era ya incomparablemente mas favorable que su padre. No obstante, temió contradecir á sus dos hermanos, muy adictos á la sana creencia y bien instruidos en ella para que fueran á abandonar á su mas celoso defensor. No habia llegado aun el espíritu de partido á echar hondas raices y á adquirir el último grado de fuerza y actividad en el ánimo de este príncipe, que era naturalmente irresoluto y tímido, y que por otra parte aun no juzgaba estuviere bastante bien asegurada su

(1) Theodoret hist. lib. II, cap. 2.

obstante, hizo algunas retractaciones que deben moderar nuestros juicios, cuando vió acercarse el fin de su carrera, momento tan capaz de inspirar un verdadero arrepentimiento; por lo que no se debe juzgar de esta retractacion como de la fingida sumision al Concilio de Nicea, cuando estaba entregado á unos amigos imperiosos que subyugaban su debilidad.

Sucedióle Acacio, que segun presume Baronio, no es otro que el famoso sacerdote arriano, tan acreditado por desgracia con el gran Constantino, y mucho mas aun con su hermana Constanza. Acacio, llamado por sobrenombre el Tuerto, del que hablamos ahora, sabia en alto grado hacerse estimar, á pesar de su deforme figura, la que reparaba ventajosamente con su mucha penetracion y habilidad, y sobre todo por su arte incomparable en insinuarse en el ánimo de los grandes. Escribió entre otras cosas la vida de Eusebio su antecesor, y dió de él la idea que convenia á los intereses de la secta arriana.

Por este mismo tiempo coronó San Alejandro de Constantinopla con una muerte preciosa á los ojos del Señor noventa y ocho años de una santa vida, de los cuales habia pasado veintitres en el ministerio episcopal. Antes de su muerte mostró el aprecio singular que hacia de un eclesiástico de su clero llamado Pablo, lo cual bastó para que su iglesia honrase la memoria del digno Pastor que lloraba, nombrando á Pablo en su puesto. Macedonio, diácono de esta iglesia, á quien veremos pronto adquirirse una fama funesta, tenia de sí propio toda la buena opinion que es ordinaria en los que se hacen gefes de partido. Mas por ahora, no creyéndose bastante fuerte, aparentó sumision y se contentó con maniobrar para llegar al grado de sacerdote. No por esto quedó Pablo tranquilo en su nueva dignidad; por que su eleccion se habia hecho estando au-

sente el emperador, el cual menos celoso del gobierno del Estado que del de la Iglesia, se mostró á su vuelta muy indignado, y contra toda justicia substituyó en su lugar á Eusebio de Nicomedia, haciendo no obstante celebrar un Concilio con este motivo, para proceder aparentemente en debida forma. De este modo llegó á ser obispo de la capital este prelado herege y cortesano, añadiendo al escándalo de sus ambiciosas traslaciones el de la opresion é intrusion.

El Santo Papa Julio ocupaba á la sazón la Cátedra de San Pedro por muerte de Silvestre, acaecida en Roma el último dia del año de 335. Diez y ocho dias despues habia sido electo el presbítero Marcos, romano de nacimiento, el que vivió en esta suprema dignidad cerca de ocho meses, durante los cuales, segun se cree, se determinó que el Papa seria consagrado por el obispo de Ostia, y que este prelado llevaria para esta ceremonia el pálio, ornamento pontifical, que consiste en una estola antigua, concedida despues á todos los arzobispos. No vemos que antes se haya hablado del pálio, que se hacia de lana blanca en forma de bandas y con cuatro cruces encarnadas. Hacíanle los sub-diáconos de la Iglesia Romana con la lana de dos corderos ofrecidos sobre el altar en el templo de Santa Inés el dia de su fiesta al cantarse el *Agnus Dei*, y luego le llevaban á la iglesia de San Pedro, en donde le esponian por algun tiempo sobre los cuerpos de los Santos Apóstoles. Cuatro meses estuvo vacante la Santa Sede despues de la muerte de Marcos; y en 5 de febrero del año de 337 fué elegido Papa Julio, natural de Roma. Presentósele muy pronto la ocasion de mostrar su discernimiento y sus luces para defender á la Iglesia.

No se descuidaron los arrianos un momento para prevenirle contra San Atanasio, ya que por la política de Constanzo se veian

precisados á guardar alguna circunspeccion. Para esto se sirvieron de los llamados eusebianos, que imitando al ambicioso Eusebio, poseian el arte de evitar los anatemas, ya con equívocos, ya con la formal retractacion de su heregia cuando convenia á sus intentos. Un sacerdote llamado Macario era el gefe de su comision, y le dieron cartas para el Sumo Pontífice, llenas de acusaciones contra San Atanasio, contra Asclepas de Gaza y contra Marcelo de Ancira. Macario se valió de cuantas astucias y falsedades pudo para mover al Papa á comunicar por cartas con Pisto, ordenado por los eusebianos obispo de Alejandría y arriano declarado, del que tambien se servian los partidarios de Eusebio, segun su costumbre, para publicar la doctrina que ellos mismos profesaban mas secretamente. No les era difícil dar desde tanta distancia la idea que querian de este herege, puesto que nadie podia contradecirles.

Mas el santo Patriarca de Alejandría, que no tenia menos actividad que sus enemigos, ni menos talento en los negocios, envió por su parte quien defendiese su causa en Roma (1). Tardaron poco en saberlo los diputados eusebianos, y esta noticia fué un golpe terrible para Macario; el cual, temiendo verse confundido con tanto oprobio, salió de Roma antes que llegasen los egipcios ortodoxos, á pesar de estar enfermo, sin precaucion alguna, con la mayor precipitacion y sin alegar pretexto ó excusa alguna para con el Papa que en aquellos momentos le esperaba á su audiencia. Asi los agentes de Atanasio no tuvieron dificultad alguna en persuadir al Sumo Pontífice, que Pisto era uno de los mas acérrimos discípulos de Arrio, escomulgado primeramente por su obispo Alejandro de santa memoria, y despues por el Concilio de Ni-

(1) Athan. *Apol.*

sea; hechos que no pudieron desmentir los eusebianos que quedaban en Roma, convenciéndose tambien de impostura en los capítulos de su acusacion en una conferencia pública á que asistió el Papa. A vista de esto no supieron cómo salir de este apuro, ni cómo ganar tiempo, sino pidiendo un Concilio, en el que compareciese Atanasio con sus acusadores, á lo que descendió Julio, y tomó sus medidas para el efecto.

No fundaban ellos sus esperanzas en un Concilio romano; y por eso Eusebio, político experimentado, acudió á otros medios mucho mas favorables á sus proyectos. Sabiendo por sus emisarios el aspecto que tomaban sus tentativas en Italia, quiso eludir ó mitigar en el Oriente con una condenacion ruidosa de Atanasio cuanto pudiese hacerse en el Occidente. Presentábase la ocasion favorable, pues acababa de concluirse la magnífica iglesia de Antioquia, principiada diez años antes por Constantino el grande, y Constanzo deseaba vivamente que la dedicacion se hiciese con la mayor solemnidad. Acudieron con este motivo para complacerle los obispos de todas las iglesias vecinas y aun de provincias remotas. Entre católicos y arrianos asistieron noventa y siete; pero por mas que digan algunos escritores modernos, parece que los sectarios vencieron, asi por el mayor número como por la proteccion de la potestad temporal, y por el ascendiente de un falso celo sobre la reserva y fria prudencia de los que se titulaban gentes pacíficas. No hubo ninguno que pudiese ú osase defender á Atanasio con entereza. No habia acudido ningun obispo de Italia ni de todo el resto del Occidente; nadie de parte del Papa Julio, dice el historiador Sócrates, aunque los cánones vedaban ya entonces, como lo observa el mismo autor, determinar cosa alguna importante ó concerniente á los negocios ge-

nerales de la Iglesia sin el consentimiento del obispo de Roma (1).

El emperador Constanzo estaba presente, y ya no se dudaba de sus malas disposiciones para con los ortodoxos. Este príncipe, de mediana capacidad y muy ansioso de fama, tuvo la desgracia, tan común á este género de talentos, de querer adquirirla en las cuestiones de Religion, en tanto que abandonaba el poder soberano á los eunucos del palacio (2). Le dominaba de todo punto uno de ellos, llamado también Eusebio, hombre vicioso y frívolo, sin alma y sin carácter, imbuido en todas las máximas de aquel famoso sacerdote que Constantino había hecho depositario de su testamento, y al que Constanzo dispensaba una confianza aún mas ciega que su padre. Inficionaban ambos insensiblemente el espíritu del emperador, y la innumerable multitud de dogmatizantes que llenaban la corte, en que no se respiraba otro aire que el de sofisma y controversia, acabaron de oscurecer en el espíritu del príncipe hasta los primeros principios de la fé. Esta era su situación cuando se presentó en el Concilio de Antioquia, llamado de la Dedicación, el año quinto de su reinado, 341.

Los obispos eusebianos eran acusados de heregía por todos los demás; pero no fué difícil á aquellos seducir á un príncipe que solo miraba con horror la palabra *heregía* y no la doctrina verdaderamente herética. Formaron nuevos símbolos que en la letra nada presentaban de impío, pero de los que no estaba escludido el error ni la impiedad, esto es, que no usaban las expresiones consagradas por el Concilio de Nicea y que este había juzgado las únicas suficientes para la conservación de la fé. Suprimieron astutamente la palabra *consustancial*, y pretestaron que el fin del Conci-

(1) Socrat. *hist. lib. 2, cap. 8*; Sozom. *lib. 2, cap. 6*.
(2) *Ann. XV, cap. 3*; Jul. ad Athan.

lio de la Dedicación no era la condenación del arrianismo, sino la de la doctrina de Sabelio y de Pablo de Samosata, de la que se acusaba á Marcelo de Ancira.

Algunos dicen que este Concilio no dejó de formar buenos cánones de disciplina, que han sido recibidos por toda la Iglesia: porque aunque hay otro Concilio de Antioquia mas antiguo y mas venerable que este, á saber, bajo el pontificado de San Eustacio, con todo, á este último atribuyen muchos sábios la disciplina que generalmente se llama del Concilio de Antioquia; pero es mas verosímil que sea la de muchos diferentes Concilios de los que se recogieron los mejores cánones.

En ella se hallan muchos de los reglamentos hechos en Nicea, lo cual prueba á lo menos que no es obra de los arrianos declarados, sino de los eusebianos mas disimulados y mas sutiles sectarios de aquel error. Excomulgan á los que no observen el decreto de Nicea sobre el tiempo de la celebración de la Pascua. Véase la traslación de los obispos de una Sede á otra, previniendo todos los pretextos con que puede cubrirse la ambición ó la inconstancia para eludir esta ley. La mayor parte de los otros cánones versan sobre el ministerio y el régimen eclesiástico, sobre la estabilidad y residencia, sobre la sumisión de los sacerdotes á su obispo, y hasta sobre la subordinación de los corepiscopos, aunque hubiesen recibido la ordenación episcopal. Pena de deposición señala el canon quinto contra los cismáticos obstinados, y da el primer ejemplo de lo que se llama implorar en la Iglesia el brazo secular. «Si continúan moviendo disensiones entre los fieles, dice, sean reprimidos como sediciosos por la potestad exterior.»

Los cánones cuarto y duodécimo condenan con el mayor rigor al obispo depuesto, si continuase ejerciendo sus funciones ó recur-

riese al poder imperial para sustraerse de la severidad de las leyes eclesiásticas. Este era el grande objeto de los sectarios, y lo demás solo les servia de medio y de velo para caminar mas plausiblemente al fin que se proponían de dar una forma canónica á su maquinación contra San Atanasio, de quien decían que era dos veces culpable, ya por haberse quejado á Constantino el Grande despues de haber sido depuesto por su Concilio de Tiro, y ya por haber entrado despues en su iglesia sin que le restableciese otro Concilio. Aunándose pues cuarenta de los mas osados ó mas intrigantes, y logrando preocupar al emperador, propusieron que se ordenase un nuevo obispo para Alejandría, en lugar de Atanasio, á quien suponían depuesto legítimamente, é ilegítimamente restablecido.

Peligroso era el paso para el obispo que se sustituyese á tan grande hombre. Atanasio era venerado de su pueblo, y nadie que reflexionase podia lisongearse de sucederle con igual honor. Así es, que esta dignidad hizo temblar á un hombre distinguido llamado también Eusebio, natural de Édesa, en Mesopotamia, y la rehusó francamente; pero un capadocio llamado Gregorio no fué tan delicado, y la admitió, aunque había estudiado largo tiempo en Alejandría á vista del Santo Patriarca, á quien por lo mismo debía apreciar mas, y del que había recibido mil testimonios de bondad (1). Ordenáronle, pues, é inmediatamente marchó á tomar posesión, apoyado en la autoridad soberana, y no contento el emperador con escribir á Egipto, envió con él al eunuco Arsacio y tropas para darle auxilio. Por otra parte, podía prometerse el resultado mas lisongero del prefecto de Egipto, llamado Filagrio, elegido segunda vez, y restituido

á su empleo solamente por su odio y violencias contra los católicos.

Reunióse el pueblo, y principió el prefecto á leer la órden de la corte para colocar á Gregorio en el lugar de Atanasio. La consternación que esto causó fué igual á la sorpresa, y la multitud corrió á las iglesias para guardarlas de la invasión. No se oían otra cosa que quejas y lamentos, diciendo que esto era obra de las intrigas y de la impiedad; que no tenían queja alguna, ni descontento contra su obispo; y que dado que fuese culpable, no era regular darle un sucesor de una manera tan estraña y tan indigna. El prefecto, que temia al innumerable pueblo de aquella ciudad, ganó por bajo cuerda á los judíos, que eran gente sin fé y sin costumbres: mandó llamar del campo á todos los enemigos del cristianismo y los hizo reunir con la mas desenfrenada juventud (1).

Todos se arman con espadas y con palos y corren en tumulto á las iglesias á donde estaba congregado el pueblo fiel. Mas fácil es imaginar que representar las escenas horribles que allí pasaron. Las menores profanaciones fueron el incendio y el homicidio. Menos padecía el vil populacho que los sacerdotes y los monges, que morían pisoteados de los caballos, ó se les ataba con cadenas como á bestias de carga. Padecieron los mayores ultrajes las vírgenes consagradas á Dios, creyéndose felices las que solo eran despojadas de sus vestidos y azotadas en público. Los divinos Misterios fueron arrojados en el fango; los ídólatras hicieron sus sacrificios sobre los altares santos, blasfemando de Jesucristo y ensalzando sus detestables simulacros: quemaron todos los libros sagrados que hubieron á las manos; se metieron desnudos en los baptisterios, y allí dijeron é hicieron infa-

(1) Socrat. *hist. lib. 2, cap. 10*.

(1) *Epist. Jul. P. ad Athanas. Apolog. 2.*